

ANTOLOGÍA POÉTICA DE QUEVEDO, prologada y dispuesta por  
*Roque E. Scarpa*

Muy escasa ha sido la fortuna de don Francisco de Quevedo, en lo que concierne a la historia bibliográfica de sus poesías.

Don Manuel José Quintana y uno que otro crítico y artista, le ha dedicado a su obra en verso, algún estudio ligeramente eficaz, siempre unilateral, o que sólo alcanza a la media faceta, cuando más.

Ha pasado el tiempo con cuerpo de siglos y aún está intacto sobre los labios de don Francisco de Quevedo, este adverso hado crítico, hado que ha de prolongarse quizá hasta qué medida cronológica, a pesar del esfuerzo desplegado en el libro que en esta oportunidad comentamos, por la Editorial Espasa-Calpe Argentina, en su colección «Austral».

En efecto, el poeta Roque E. Scarpa, ha lanzado una antología de Quevedo que, no sólo no añade ningún adarme al estudio de este poeta, sino que, además, está defectuosamente confeccionada en lo que se refiere a la selección misma de los poemas que incluye.

En un principio creímos que Roque E. Scarpa, pudiera haber sumado algún antecedente nuevo, alguna modalidad que entrañara un aporte de agudo ojo contemporáneo, el estudio y conocimiento de Quevedo, mas, no ha sido así.

Creímos que pudo haber dilucidado la querella,—y esta era la oportunidad para hacerlo, en un breve prólogo (no como el que trae el libro, de tres páginas)—, sobre la calificación que enviara Góngora a Quevedo, cuando supo que éste se estaba ejercitando en el arte de la pintura:

«Tu pintura será cual tu poesía,  
bajo los versos, tristes los colores».

He aquí un tema magnífico para un prefacio de dieciocho páginas, en que se pudo haber destinado cuatro al esclarecimiento de la influencia, del maestrazgo de Góngora sobre Quevedo.

En tal virtud, Gerardo Diego, comentando estos versos de Góngora, exclama. «Estupenda definición. Bajo los versos, es decir, afinados por debajo del diapasón normal; admirable acierto de crítico con aficiones músicas. Y tristes los colores. Porque en Quevedo hay color como hay armonía, pero triste el uno como baja la otra. Sobre todo para un Góngora, que eleva el diapasón y la tonalidad pictórica a luminosas asunciones. He recogido—después de mil embarazos ante la diversidad de los posibles ejemplos—tres muestras quevedescas de la más varia índole, pero las tres de inequívoco linaje gongorino. El soneto de los famosos «relámpagos de risa carmesíes» que indignaban a Moratín. Una deliciosa letrilla. (Nótese el esfuerzo por «subir» el verso, pero contrástese con otra letrilla de Góngora análoga la de «No son todos ruseñores», por ejemplo). Y el apasionado «Himno a las estrellas», muy de Quevedo, pero con imágenes y versos de Góngora casi al pie de la letra. Góngora y Quevedo: quede sobre la mesa el estudio que el magnífico tema requiere; preciso, complejo y necesario».

Sin embargo, Roque E. Scarpa, nada de esto ha hecho, a pesar de anunciar en la portada del libro que la antología viene «dispuesta y prologada» por su pluma.

En este pseudo prólogo de tres páginas pretende verificar un paralelo entre Quevedo y Fray Luis de León, a base de glosar algunos versos de ambos, pero como es obvio, por breve y escueto, no puede llevarnos a ninguna conclusión seria, ni tampoco puede ser una fórmula susceptible de ser desarrollada en un futuro literario. Por ello, Scarpa, sabedor del pequeño y lírico temple de los hilos de su retablo crítico, se ha limitado a intitular esta nota preliminar: «Quevedo, fuego y nieve», vale decir, poéticamente.

Pero en esta nota no busca lo difuso y lo confuso, la penumbra crepuscular que permite sacarle el bulto a la objetividad de las cosas, como lo hiciera antaño en algunos de sus prólogos y epílogos, en que las explicaciones se vislumbran y pierden, como el lomo de un cetáceo en una superficie, y que no han sido sino el trasunto de su mimetismo de glosador incapaz de servir de hito de referencia o verdadero juez estético de las obras de arte que ha pretendido enjuiciar.

En cuanto a la selección de los poemas, como ya lo anunciáramos, también es deficiente, Roque E. Scarpa. En efecto, de los 89 sonetos recogidos por éste, sólo 31 tienen derecho a figurar en una verdadera antología de Quevedo, y ellos son los que principian con los siguientes versos: «Músico llanto en lágrimas sonoras...»; «Cargado voy de mí, veo delante...»; «¡Cómo de entre mis manos te resbalas!...»; «A fugitivas sombras doy abrazos»; «Es hielo abrasador, es fuego helado»; «De quince a veinte es niña; buena moza...»; «Cerrar podrá mis ojos la postrera...»; «En los claustros del alma la herida...»; «Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!»; «Faltar pudo su patria al grande Osuna»; «Un nuevo corazón, un hombre nuevo...»; «Liámanle rey, y véndanle los ojos»; «Desabrigan en altos monumentos...»; «Pues hoy derrama noche el sentimiento...»; «Fué sueño ayer, mañana será tierra»; «Miré los muros de la patria mía»; «No admiten, no, Floraiva, compañía»; «Os tentas de prodigios coronado»; «¡Miras este gigante corpulento...»; «Vulcano la forjó, tocólas Midas»; «Quitar codicia, no añadir dinero»; «Dichoso tú que alegre en tu cabaña»; «Todo tras sí lo lleva el año breve...»; «Ya formidable y espantoso suena»; «Memoria soy del más glorioso pecho»; «¡Qué buscas porfiado pensamiento?»; «Erase un hombre a una nariz pegado»; «Esa color de rosa y azucena»; «¡Qué imagen de la muerte rigurosa?...»; «Ya que huyes de mí, Lísida hermosa»; y «¡No ves piramidal y sin sosiego?».

De los nueve romances seleccionados por Roque E. Scarpa, sólo tres debieron incluirse, si se hubiese adoptado un criterio de sólido buen gusto: «Halla en la causa de su amor todos sus bienes»; «Boda de negros»; y «A don Alvaro de Luna».

En cuanto a las silvas, de las seis que incluye Scarpa, sólo tres son aceptables: «Túmulo de la mariposa»; «Himno de las estrellas»; y «El sueño».

En lo que concierne a las letrillas, incluye diez, siendo que sólo cinco tienen carta o patente de validez estética, como para haber sido transcritas: «Flor que cantas, flor que vuelas...»; «Rosal, menos presunción...»; «Que no tenga por molesto...»; «Poderoso caballero...»; y «Yo he hecho lo que he podido...»;

Y, finalmente, de los diez poemas restantes que consta la antología, estimamos que Scarpa, sólo debió haber incluido tres, para honra y loor de don Francisco de Quevedo y Villegas. Los signados. «Encarece la suma flaqueza de una dama»; «A Cristo resucitado»; y «Epístola satírica y censoria».

Este juicio nuestro tiene el mérito de ser rigurosamente objetivo. Para emitirlo, hemos estudiado estrofa por estrofa y verso por verso, las composiciones exciuidas. Un verso brillante no basta para salvar un poema. Un poema con un solo ojo no es un poema.

Mas, cabría preguntarse ¿a qué se debe un balance que arroja un porcentaje tan subido de yerros, por parte de Roque Esteban Scarpa? En otras oportunidades el valioso y delicado poeta que es Scarpa, hizo antología de antologías, recorrió terrenos sumamente explotados y explorados, pero en el caso de Quevedo, hay mucho de virgen todavía y nuestro compilador hubo de fracasar.

En cuanto a Quevedo concierne, a pesar de ser esta Antología un testimonio incompleto, la efigie del poeta resalta ante nuestros ojos contemporáneos, con los atributos que siempre le han sido propios.

«Yo no escribo con plumaje,  
sino con pluma».

He aquí su fórmula, tal vez producto de su lucha con el gongorismo. Pero es una fórmula que involucra una adusta verdad quevedesca. Por ello, a pesar de haber sido Quevedo un alto poeta, comparado con Góngora, resulta pequeño; mediano, a lo sumo. Escribió en demasía con sólo la pluma. Oídle en estos dos cuartetos y medita sobre su inferioridad ante Fray Luis de León, en un mismo tema:

«Dichoso tú que alegre en tu cabaña,  
mozo y viejo espiraste la aura pura,  
y te sirven de cuna y sepultura,  
de paja el techo, el suelo de espadaña.

En esa soledad, que libre baña  
callado sol con lumbre más segura,  
la vida al día más espacio dura,  
y la hora sin voz te desengaña».

Y llegó un instante en que se palpó desnudo; entonces fué en demanda de las plumas de Góngora, pero tal vez ya era demasiado tarde. Un gran estilo barroco no precisa de algunas plumas, sino de plumaje.

En tal virtud, lo que en Góngora fué sabiduría, en Quevedo se torna tanteo, mero ejercicio:

«Molesta el ponto Bóreas con tumultos  
cerúleos y espumosos; la llanura  
del pacífico mar se desfigura,  
despedazada en formidables bultos.

De la orilla amenaza los indultos,  
 que blanda le prescribe cárcel dura:  
 la luz del sol titubeando oscura,  
 recela temerosa sus insultos».

Incluso a su «Himno a las estrellas», Quevedo aparece superficial, posee un verbo y un estilo exento de señaladas sugerencias, a pesar de la magnificencia lírica de este poema. He aquí por qué los andamios de la retórica, a menudo relucen en la contextura de sus versos, contextura que, con frecuencia, acusa una limitada e inútil artesanía poética:

«Lo que me quita en fuego, me da en nieve  
 la mano, que tus ojos me recata;  
 y no es menos rigor con el que mata,  
 ni menos llama su blancura mueve».

Quevedo hoy surge ante nuestra faz, como un ingeniero, un técnico de la poesía, un escolástico de ella, como un poeta algo mermado en reservas subconscientes, como un poeta en cuyos versos el elan creador siempre es relativo.

Sin embargo, como poeta satírico, fué el más alto: del mismo modo, tuvo anticipaciones que le hacen acreedor en un sitio escogido. Fué el primero en descubrir las audaces posibilidades de determinadas figuras literarias, verbigracia, la prosopeya: «tiburón afeitado»; «congrio con guedejas», etc., etc.

He aquí algunas consideraciones que revelan hasta qué punto se precisa de una verdadera labor exegética y crítica de la poesía de don Francisco de Quevedo y Villegas, labor hasta hoy no emprendida.—ANTONIO DE UNDURRAGA.